

SUPLICO A LOS QUE ME OYGAN... O EL ARTE RETÓRICO DE UNA CAMPESINA

SONJA HERPOEL
Universidad de Amberes

Aunque la lectura en común era practicada muy a menudo en el Siglo de Oro, encontramos de vez en cuando textos en los que se niega cualquier contacto con esta forma de enseñanza popular. De hecho, no siempre los beneficios de la impresión llegaban a la campaña. Así, por ejemplo, para explicar su ignorancia, durante la vida seglar, de la oración mental, una agustina aduce la falta de instrucción de su pueblo: «yo no sabía otra oración sino la bocal, ni la auía oído en mi vida; que en aquella aldea nadie sabe leer y assí nunca oí vn libro de deuoción».¹ El alejamiento de los grandes centros de enseñanza, la relativa inaccesibilidad de ciertas regiones y otros muchos factores no debían, por cierto, de promover la generalización del saber. Allí donde la cultura escrita pertenecía tan sólo a una minoría selecta, existía, sin embargo, al lado de la cultura «oficial», otra, la llamada popular.

La afirmación precedente de la monja implica la existencia de una red de transmisión oral de al menos una parte del saber oficial, lo cual explica que incluso analfabetas pueden acceder a la instrucción. Por otra parte, queda claro que no se ha de generalizar demasiado: sabiendo que aún a las damas nobles les estaban vedados dominios enteros, ¿cómo iba entonces a enterarse una aldeana de, por ejemplo, ciertos debates teológicos?

Podemos preguntarnos en qué medida las mujeres experimentarían los efectos de las lecturas familiares y/o conventuales. No hay que olvidar que colecciones como el *Flos sanctorum*, concebidas para ser escuchadas colectivamente

1. F. IGNACIO, *Vida de la venerable madre Isabel de Jesv's, recoleta agvstina, en el convento de San Ivan Bautista de la villa de Arenas. Dictada por ella misma, y añadido lo que falta de sv dichosa mverte*, Madrid, Francisco Sanz, 1672, p. 300. A continuación, remitimos directamente al texto.

en la tranquilidad del hogar o del convento, también han contribuido a la ampliación del sermonario, «de incalculable importancia en la formación espiritual de los españoles durante siglos».²

Las numerosas religiosas que sobre todo en el siglo XVII escribieron la historia de su vida por orden expresa del confesor, a veces echaron mano gustosamente de ciertas técnicas propias del sermón. Nos limitaremos aquí al examen de la autobiografía de la agustina antes citada. Queremos plantear la cuestión de si, aparte de la necesidad de dar testimonio de la propia vida, no está también presente una fuerte tendencia moralizante, que se plasma de un modo concreto en los apóstrofes a un público presunto.

Nacida en 1586 en una familia de campesinos, Isabel Sánchez Jiménez comparte desde la niñez las dificultades de la situación social en la Castilla de finales del siglo XVI. Cuando tiene catorce años, se casa con un hombre mucho mayor. En 1622 muere su marido: vive algún tiempo como beata y sólo logra entrar agustina recoleta en el convento de San Pedro en Arenas (Ávila) cuatro años más tarde.

Varios confesores le encargan la redacción de una autobiografía. Ya que es analfabeta completa —confiesa que no sabe leer ni escribir, si bien esto no le impide insertar de vez en cuando reflexiones acerca de problemas tocantes a materias espirituales o teológicas—, dictará tres veces su *Vida*. Ignoramos dónde han ido a parar los originales, pero conservamos la versión redactada entre el 29 de marzo y el 19 de julio de 1646, que se publica en 1672, casi un cuarto de siglo después de su muerte.

De entrada, la religiosa pone de manifiesto el carácter edificante de su autobiografía al afirmar que sólo se toma la pena de describir lo más detalladamente posible las sensaciones sentidas durante los arrobamientos porque cree que la Iglesia podrá aprovecharse de ello. A la mera obediencia al mandato se agrega así una clara conciencia de una utilidad pública: la propia experiencia también puede servir de aviso para otros hombres. Al poner en guardia al lector eventual contra los peligros del mundo, la autobiografía se transforma en tratado moral que refleja fielmente los consejos de las guías especializadas de la época.

Yo como tan amadora de todos suplico a los que me oygan, si acaso llegan a ver esto, que no se aseguren su vida en vn tan grande peligro como es el pecado mortal (p. 324).

A pesar de una duda aparente, Isabel de Jesús es consciente de dirigirse a un público bastante amplio y hasta parece que se ha asentado en su papel de predica-

2. J. CARO BAROJA, *Las formas complejas de la vida religiosa (Religión, sociedad y carácter en la España de los siglos XVI y XVII)*, Madrid, Akal, 1978, p. 91.

dora sin pùlpito; mediante la fórmula «a los que me oygan» apela a la sensibilidad del supuesto lector. Es significativo el verbo empleado aquí por la autobiógrafa, que alude, quizás, a la lectura en voz alta, práctica bien conocida en los conventos, como ya dijimos. Además, no se olvida del hecho de que su texto circulará bajo forma manuscrita: «si acaso llegan a ver esto». Rezuma la emoción por todas partes del discurso. Isabel no aspira a convencer al creyente mediante un razonamiento irrefutable. En cambio, todos sus esfuerzos van encaminados a suscitar sensaciones fuertes. Así se explica la repetida e incesante llamada a los sentidos.

Durante el dictado, la palabra de la autobiógrafa ha cobrado fuerzas. Ninguna ocasión para poner en guardia al hombre es descuidada por la madre, que se entrega toda en su intento de llegar al corazón de sus contemporáneos, alternando juicios severos con promesas halagadoras, órdenes directas con amables instigaciones para seguir o retornar el buen camino. Después de un episodio instructivo, se vale del pavor que supone todavía presente en el alma de sus lectores/oyentes para incitarles a que dejen el vicio:

Ea mis queridos, ésta es muy buena ocasión para aborrecer el pecado y llegar con humildad a pedir perdón al Señor ... (p. 269).

Mirad, hombres ciegos y desatinados, que os dexáis caer por vuestro gusto en los Infiernos ... (p. 270).

Recorre la monja una y otra vez a la vivacidad de las exhortaciones y preguntas retóricas u obliga al lector/oyente a reflexionar sobre su conducta mediante la severidad del imperativo. Cuando en un principio se dirige todavía a una colectividad («mis queridos», «hombres ciegos y desatinados») se nota un cambio de táctica a medida que avanza en el discurso: ante la insistencia con la cual se persigue la conversión, el plural se hace singular. Apela Isabel de Jesús a la conciencia individual.

Dime, hombre descuidado de tu salvación, ¿qué piensas, qué aguardas, metido en tantos vicios ...? (p. 271).

Ea, alma redimida con la sangre preciosísima de Christo, Bien nuestro, buélvete a El y pídele perdón. (p. 271).

Paralelamente con el paso al singular, la designación se hace progresivamente más precisa: el anónimo «hombre» es sustituido por su sublimación «alma» para luego dar el salto definitivo mediante el apóstrofe personalizado «tú, alma».

Dime tú, alma querida y regalada de mi Dios, ¿qué más pudo Dios hazer conti-

go? ¿Dime si se pudo estender a más su diuino amor? Desvélate en pensar cómo te ha sufrido ... (p. 272).³

En su apasionado monólogo, la antes labradora habla del amor verdadero, que no discrimina, que no divide en clases, que no impone separaciones, sino que se preocupa con prioridad por los más desprovistos. Este amor alza las barreras, destruye el marginalismo, huye de la hipocresía. En consecuencia, las imágenes, comparaciones y procesos estilísticos se adaptan a la clase social a la que se dirige:

A ti digo, pastorcito, llégate acá, si no has entendido qué quiere dezir el árbol verde. Mira, hijo, que denota la humanidad santíssima de Christo y es árbol verde, porque es la misma gracia y como es verdadero hombre, salió a pagar la deuda, que deuíamos nosotros los hombres ... (p. 277).

El apóstrofe, el tuteo familiar —se dirige a gente de su mismo origen—, el diminutivo —evidente signo de cariño—, la paciente explicación de la metáfora en términos simples, todos son procesos estilísticos que refuerzan la argumentación. Se acuerda Isabel de Jesús de los problemas con los que ella misma se vio confrontada en su día e intenta presentarlos de la manera más clara posible.

Procede la madre de forma opuesta cuando se trata de conmover los ánimos de la gente culta. Consciente de lo problemático de su situación, opta por andar con tiento, al adoptar un tono de respetuosa sumisión. Una confianza desmesurada pudiera, de hecho, hacer desaparecer definitivamente sus esperanzas manifiestas de que algún día su discurso llegue a tener un gran auditorio. En el peor de los casos incluso habrá de someterse a un riguroso interrogatorio por parte de los inquisidores a fin de aclarar la significación exacta de algún que otro pasaje, con posibles connotaciones heréticas. Aceptando su aparente inferioridad, se asegura hábilmente la benevolencia inicial de este supuesto público, que, en primer lugar, habrá de pronunciarse sobre el valor de su confesión:

Lo que es a los señores letrados, por lo mucho que tienen de ciencia, no tengo yo, como soy muger, y tan miserable, qué poderles dezir. (p. 277).

La continuación del texto, empero, desmiente la afirmación precedente: no vacila lo más mínimo en aconsejar a los representantes de la cultura «oficial». Al contrario, desmonta el edificio cuidadosamente construido a lo largo de los siglos, cuando niega la superioridad de la ciencia. Los estudios, dice la madre, no ofrecen la garantía de la rectitud de pensamiento o de conducta. De ahí que pregona la prudencia. En un lenguaje sencillo y llano, se opone a cuantos sabios

3. Damos tan sólo unos ejemplos del libro segundo, capítulo XXVIII.

pueda haber con un decidido «a mi parecer, el saber morir es la mayor ciencia y la mayor hazaña» (p. 277).

La reflexión precedente está en plena concordancia con una corriente del discurso dominante de la época. Argumento eficaz para convencer a los contemporáneos es la idea de la pérdida del alma. «El mayor tormento y dolor, o el mayor descanso de la vida, según se trate de la del pecador o la del justo»,⁴ la muerte tiene preocupados a los eclesiásticos. Por toda Europa llega a concebirse la vida como una larga e indispensable preparación a la misma. Numerosas ediciones de tratados dedicados al tema, así como la cantidad e importancia de los sermones fúnebres demuestran la preocupación de la época barroca por la muerte.⁵

Para apoyar su aserción, la narradora recurre al ejemplo bíblico del rey Salomón al que no le sirvieron de nada sus muchos conocimientos. Resume la historia para concluir luego:

Y assí soy de parecer que nos arrimemos todos, ignorantes y sabios, a vna profundíssima humildad, que no ayan miedo que erremos el camino en ello, porque es camino de Christo ... (p. 277).

Procediendo a la síntesis de los dos estratos sociales extremos antes comentados —campesinos y letrados—, la oradora estructura su discurso de acuerdo con las directrices principales de los manuales de sermones. Salta a la vista la ideología religiosa subyacente. Al defender la supremacía de cierta sensibilidad intuitiva sobre las adquisiciones de la ciencia, la autobiógrafa condena cualquier vano intento de saber: para alcanzar a Dios, no se necesita sino una fe ilimitada. Sólo una total e incondicional entrega de sí mismo, la certidumbre de la propia nada y el conocimiento de la perfección divina a través de la iluminación, pueden conducir al hombre a una felicidad inefable. Como los quietistas —recuérdese el «Abismaos en la nada y Dios será vuestro todo» del heresiarca Miguel de Molinos—, Isabel de Jesús sale en defensa de esta doctrina.

Ante la dificultad para vivir como verdadero cristiano, la religiosa pregona la fundamental indiscriminación entre los hombres, ya que confrontados con los problemas existenciales básicos se encuentran igual de desarmados. Ni la ciencia, ni las letras inmunizan contra la equivocación o garantizan una conducta digna de imitación.

Toda la autobiografía gira alrededor de un solo problema: cómo convencer al contemporáneo de la inmensa misericordia divina. En este ejercicio de retóri-

4. J. CARO BAROJA, *op. cit.*, p. 145.

5. Para un recuento de algunos títulos franceses e italianos, véase J. DELUMEAU, *Le péché et la peur (La culpabilisation en Occident (XIII-XVIIe siècles))*, París, Fayard, 1983, pp. 389-390. En lo que se refiere al dominio español, pueden consultarse J. CARO BAROJA, *op. cit.*, pp. 140-150 y M. ANDRES, *La teología española en el siglo XVI*, vol. 2, pp. 545, 554, 622.

ca que la iguala a los mejores predicadores, la religiosa sigue todas las prescripciones de la época. No desdeña ninguno de los artilugios de la prosa oratoria. Manera directa de dirigirse a la presunta asistencia, apelaciones a las emociones de la misma, antítesis, preguntas retóricas, enumeraciones, paralelismos, hipérbolos: cada una de sus exhortaciones está cuidadosamente preparada a fin de obtener el mayor efecto posible.

Y quando se hizo tan riguroso castigo en el inocente, que es árbol verde, mira, tú, ¿qué se hará en el árbol seco y desvirtuado? (p. 277)

Vacilando a veces entre la amenaza directa y la alusión velada, el discurso de Isabel salta casi sin transición de un registro a otro. El castigo de Dios, la evocación del infierno temido, la bondad divina ... todo le sirve para inculcar los principios cristianos. La asistencia asidua a los sermones que con todo derecho se le puede atribuir, de hecho se revela fructífera.

En el intento entusiasta de persuasión y de *captatio benevolentiae*, Isabel de Jesús se hace locuaz. Como si intuyera que «la elocuencia y lenguaje del predicador ha de ser natural y común manera de hablar»,⁶ se lanza a la conquista de su público. El empleo de recursos estilísticos y oratorios refinados que hemos podido comprobar, no está en contradicción con la afirmación que precede. En efecto, en los manuales se aceptaba el empleo de toda una serie de figuras, propicias a mantener vivo el interés del público. Única condición: éstas no podían desviar la atención del mensaje que se quería transmitir. La retórica tenía más bien que reforzar el impacto de lo dicho.

Si a propósito de Santa Teresa se ha podido hablar de una «voluntad de apostolado»,⁷ ésta se verifica todavía más en Isabel de Jesús. Su autobiografía se convierte momentáneamente en verdadera apología del cristianismo. En largas digresiones se preocupa por el destino de la humanidad, del que se siente responsable, y expresa su anhelo de poder representar a lo vivo para sus contemporáneos lo que les espera. Alegando que meras palabras no bastan para inculcar la impresión con la cual uno queda después de una visión o éxtasis, implora la ayuda divina para poder visualizar ciertas situaciones, lo que haría más eficaces aún sus palabras.

Mediante el empleo de múltiples y variados recursos estilísticos —algunos, como vimos, propios del discurso oral—, la autobiógrafa intenta transmitir al supuesto lector oyente sus ideas y experiencias. Pero no hay sino la influencia de la cultura religiosa. También busca su inspiración en la sabiduría popular: en

6. F. TERRONES DEL CAÑO, *Instrucción de predicadores*, Prólogo y notas del P. Félix. G. OLME-DO, V.I., Madrid, Espasa-Calpe, 1960, p. 125.

7. V. GARCÍA DE LA CONCHA, *El arte literario de Santa Teresa*, Barcelona-Caracas-México, Ariel, 1978, p. 88.

la cultura oral, en las representaciones teatrales, en el folclore, tan rico de historias y leyendas, de canciones y proverbios.

En su afán por llegar al pueblo, la narradora hace un uso extendido de procedimientos tales como el ejemplo o la comparación.

Tiene un hombre vna heredad, tiene plantado en ella vn árbol fructuoso. Es este fruto que lleva agradable al gusto y paladar del dueño que le plantó y le cultiúo, tanto que parece que el fruto (y sin duda ninguna) realça aquel árbol en que se crió y el árbol no puede realçar al fruto. Y assí nuestras almas, que son árboles plantados en la viña de Dios y cultivados con su mismo sudor y fortificados con el riego de su preciocíssima sangre. (pp. 298-299).

Tomados esencialmente del léxico campesino o familiar, aunque tampoco escasean las referencias al repertorio bélico-guerrero,⁸ ejemplo y comparación tienen como objetivo, respectivamente, facilitar la comprensión de un propósito que por su complejidad resulta demasiado difícil o bien contribuir a la visualización de una situación determinada. Cuando opina que el campo semántico de cierto término resulta flojo o indeterminado, la narradora acude a un símil capaz de aclararlo. Para describir la intensidad de la llegada de los favores divinos, emplea así la imagen de la técnica secular de los regadíos:

... a mí me parece que passa por el alma lo que se ve acá quando se detiene el agua: como la quitan el corriente, en soltando la presa va con grandíssima velocidad siguiendo su curso. Así el corriente de Dios ... (p. 108).

La necesidad de encontrar cada vez la expresión más adecuada provoca los cambios de nivel. El agua que da vida y ciertos elementos de la naturaleza — prados, árboles— son las imágenes que vuelven más a menudo. Señalamos que en sus *Moradas del castillo interior*, también Santa Teresa echa mano del agua —según ella no hay «cosa más a propósito para declarar algunas de espíritu que eso de agua»—⁹ para describir la diferencia entre meditación y contemplación: durante la primera, este líquido «viene de más lejos por muchos arcaduces y artificio», mientras que el segundo estado se caracteriza por el hecho de que «viene el agua de su mesmo nacimiento, que es Dios».¹⁰

La probable ignorancia de la terminología poética y retórica, no impide a Isabel de Jesús explotar todas las posibilidades que le ofrece la «compara-

8. Así, por ejemplo, al explicar una de las razones de su empeño de persuasión, la madre emplea la imagen de un rey y sus vasallos: «El rey con pocos vasallos y con muchos es rey; pero es grande grandeza tener muchos vasallos y quantos más vasallos, mayor grandeza» (p. 199).

9. Santa TERESA DE JESÚS, *op. cit.*, p. 385.

10. *Ibid.*, pp. 385-386.

ción», término *fourre-tout* bajo el cual agrupa sin distinguir varios fenómenos.

No sé si me he dado a entender como yo lo tengo entendido. Yo quiero poner por comparación ... (p. 172).

No sé si lo digo bien, ni sé con qué me lo comparar, porque a mí me parecía tenía la sogá a la garganta, y con esto me daré a entender. (p. 146).

Considerada por muchos manuales de predicación como un medio importante para transmitir la doctrina a los oyentes,¹¹ la comparación cumple otra función nada desdeñable que también se da en esta autobiografía: las referencias a lo cotidiano hacen que la materia religiosa llegue a ser asequible al creyente.

Al orador confrontado con un auditorio compuesto por las llamadas clases inferiores de la sociedad, las *artes praedicandi* recomendaron con particular insistencia el uso de los refranes.¹² Eran muy del gusto popular estas aparentes verdades que encierran un caudal de sabiduría común. Además, contribuyen a la memorización de lo que se quiere enseñar o demostrar, por pegarse fácilmente al oído. Autores como el Marqués de Santillana y Fernando de Rojas ya demostraron un interés continuado por los refranes. Hasta el mismo Cervantes no vaciló en ponerlos en boca de sus personajes.

Hija de la tradición más pura de los campesinos, Isabel de Jesús no tiene inconveniente en salpicar su autobiografía con ellos: «no se assen truchas a bragas enjutas», «obras son amores», «amor con amor se paga», «no ay peor sordo que el que no quiere oír» (resp. pp. 27, 93 y 114, 278). Del mismo modo inserta en su discurso expresiones particulares de su región de origen:

... pero acá dezimos vn refrán que de los malos pagadores es bueno cobrar, aunque sea en pajas. (p. 302).¹³

Cuando supone en el receptor cierta incapacidad de comprensión, añade primero un breve comentario explicativo:

Sólo diré aquí vn refrán que se dize en esta tierra. Para dezir quantas ventajas haze vna persona a otra, dizen que va mucho de Pedro a Pedro; y assí quiero yo dezir ... (p. 236).

11. V. GARCÍA DE LA CONCHA, *op. cit.*, p. 89.

12. Cf. A. RERONDO, *Antonio de Guevarra (1480?-1545) et l'Espagne de son temps. De la carrière officielle aux oeuvres politico-morales*, Genève, Librairie Droz, 1976, p. 165.

13. La paginación menciona erróneamente p. 202.

Extraña aquí la particular insistencia de la narradora, ya que se trata de uno de los refranes más conocidos de la literatura española. En 1627 ya lo registra Correas en su *Vocabulario de refranes*, aunque sin aducir explicaciones.¹⁴ Además, subsiste todavía hoy en la conciencia popular.

Las funciones desempeñadas por la paremiología no se reducen a un propósito meramente didáctico. Actúan —o pueden actuar— para avisar a alguien, ilustrar un propósito, ayudar a la persuasión, justificar, describir, resumir, etc.¹⁵ Muy consciente de las posibilidades casi ilimitadas que los refranes encierran, Isabel de Jesús se aprovecha de ellos al máximo. Como Sancho en el inolvidable diálogo con su maestro, posee un instinto infalible a la hora de escoger el proverbio que mejor conviene en un momento dado.

No cabe duda de que las autoridades religiosas acertaron cuando finalmente pronunciaron el *nihil obstat* y de esta forma dieron paso a la posterior impresión del manuscrito. Cuando en 1672, o sea veinticuatro años después de muerta la religiosa, su autobiografía sale a la luz pública, como efectivamente lo había deseado,¹⁶ su elocuencia no deja de alcanzar su objetivo: tan sólo tres años después de la primera aparición, la *Vida* se volverá a editar.

14. G. CORREAS, *Vocabulario de refranes y frases proverbiales (1627)*, texte établi, annoté et présenté par L. COMBET, Bordeaux, Institut d'Études Ibériques et Ibéro-américaines de l'Université de Bordeaux, 1967, p. 565.

15. L. RÖHRICH, W. MIEDER, *Sprichwort*, Stuttgart, J.B. Metzlersche Verlagsbuchhandlung, 1977, p. 81.

16. Véanse, por ejemplo, las páginas 279 y 296 de su autobiografía.